

Germán Venegas, artista de búsqueda constante y renovación permanente

María Lorena Lozoya Saldaña*

*Licenciada en Periodismo y Comunicación Colectiva. Coordinadora Editorial de *esencia y espacio*. llozoya@ipn.mx

Germán Venegas (1959) es uno de los artistas plásticos que ha integrado con maestría la tradición mexicana y los lenguajes posmodernos, un hombre que se conmueve, se asombra; un hombre en búsqueda constante y en renovación permanente; un artista que le gusta el juego de la creatividad, la pasión por la vida y el arte. Para fortuna de la ESIA Tecamachalco, Venegas expuso la muestra titulada *Tipo mono tipo xipe mono tipo*, integrada por monotipos y esculturas de reciente creación.

Antes de la inauguración, Venegas nos concede a una entrevista, en ella nos habla, entre otros temas, del nombre de la exposición: «Al exhibir estos monotipos en la ESIA, decidí hacer un juego de

palabras, por eso el título, que tiene que ver con la temática, con la técnica y con el juego, es una especie de trabalenguas». Respecto a la técnica de la obra en exhibición explica: «Lo que estoy exhibiendo en este momento es una técnica con la cual experimento por primera vez. Es una técnica interesante, de reproducción o de imprenta, se trata de piezas únicas. Generalmente la reproducción te da una serie de copias de un grabado o de una litografía; pero en este caso el monotipo, es una especie de pinturas sobre papel que una amiga mía, la impresora Pilar Bordes, las define como «pinturas apachurradas», porque se pinta sobre el papel y después se mete en la imprenta.

Esto es interesante porque es una técnica muy lúdica ya que las técnicas de impresión generalmente se hacen a base de morder la lámina o grafiar sobre el material. En este caso tienes todas las posibilidades: pintar, quitar, poner, borrar, encimar y todo eso te enriquece el trabajo. La primera incursión en esta técnica fue muy divertida, aunque curiosamente la serie que estoy presentando es parte de todo un trabajo que he desarrollado los últimos años; por un lado, con la cosmogonía mexicana, y por otro, involucrando algún tipo de conocimiento orientalista, y en ese sentido estoy tratando de entender el trabajo religioso, la relación que hay con el budismo como principios paralelos, acaso principios de unidad. Aunque sean sitios muy distantes uno de otro, no hay mucha distancia respecto a la búsqueda del ser humano con respecto a sus valores.

Estoy trabajando con deidades como el *Xipe*, el *Ehecatl*, el hombre o el niño jaguar y todo esto es una parte que está enriqueciendo poco a poco mi trabajo, es algo que tiene que ver con una especie de búsqueda personal, independientemente de la pintura.



Alejandro Pérez Pineda, Ricardo Rivera Rodríguez, José Cabello Becerril, Germán Venegas y Carlos Cisneros Araujo.

¿Cuáles han sido los cambios más significativos con respecto a su obra en los inicios a la obra que produce actualmente?

Cuando inicié mi labor a principios de los años ochenta, no tenía mucha idea de qué es lo que estaba iniciando, digamos que lo que buscaba en ese momento era encontrarme un lugar dentro de la plástica en México, a partir de un trabajo propositivo, de un trabajo que tuviera cualidades en un sentido técnico, de buena calidad o de buena manufactura; pero que además fueran trabajos que motivaran a la gente.

Pasaron los primeros 10 años de trabajo, y por fortuna crecí en un buen momento en que el apoyo artístico en el país era bueno. Así, esos años me sirvieron para darme cuenta que había alcanzado logros que eran necesarios para esa época de juventud. Recuerdo que durante ese periodo realicé una serie de trabajos que la gente reconoció mucho y que me pudieron haber resuelto la vida; sin embargo, decidí dejar de hacerlos para dar el valiente paso de iniciar una nueva búsqueda, cosa que implicaba una técnica con la que decidí iniciar de nuevo, que fue la pintura. Hasta ese momento había comenzado como pintor, aunque terminé como escultor. Han pasado 17 años en los cuales he estado buscando por distintos caminos.

Es importante mencionar que en agosto del 2008, Venegas presentó en el Museo de Arte Moderno (MAM) *Cabalgando el tigre*, muestra retrospectiva que dio cuenta de 25 años de su trayectoria a través de 88 pinturas, esculturas y dibujos. Tras 17 años de ausencia en el MAM, Venegas regresó y le hizo caso al proverbio chino que dice: «La mejor manera de evitar que un tigre te devore es montarte sobre él». Con respecto a estas casi dos décadas de ausencia comentó: «Creo que ha sido un gran logro de 17 años de esfuerzo, y a partir de este rompimiento he experimentado no sólo lo que significa la búsqueda personal de tener que enfrentarme con el problema de la incertidumbre de la creación, sino a pesar de lo que sucede fuera de mí. A finales de los años 90 vendía piezas a precios fuera de toda realidad, y de repente un día todo eso desapareció. Entonces empecé a trabajar sin recursos y todo lo que había armado hasta ese momento desapareció en todo sentido.

¿De dónde salió la fuerza para continuar su obra?

Del mismo interés de donde inicié mi obra: del amor por pintar y del amor por dar con estos materiales el juego, la pasión, el desquiciamiento de encontrarme con los materiales y empezar a crear cosas que pueden parecer locuras: embarrar, lanzar la pintura.

Las posibilidades que digo ahora se han dado en toda la historia del arte y, por un lado, esa información con los años se convierte en experiencia personal, es por eso que la primera etapa tiene que ver con mi formación; pero la siguiente, que son

los últimos 17 años, tiene ya que ver con algo mucho más profundo.

¿Cómo se siente tras esa larga ausencia de 17 años, cómo lo recibe el público, la crítica y sus compañeros?

Todos son importantes y me han recibido bastante bien. He tenido suerte porque desde que empecé a trabajar he tenido muy buena respuesta del público, de la crítica, de los compañeros de generación, que siempre son opiniones importantes.

Lo que pasa es que si uno no está presente, no existe, y la vida continúa y van sucediendo cosas. La fortuna mía fue que pude mantener el esfuerzo durante estos años y esto es el logro más importante: de repente ver una exhibición donde se presenta el conjunto y a partir del conjunto la gente puede valorar el esfuerzo.

¿Cuáles son sus expectativas del público en las escuelas del Politécnico?

Hace unos días estuve en la escuela de Zacatenco, porque estamos presentando un grupo escultórico, hace muchos años que no me metía en una escuela y lo interesante al entrar en ella, ver las esculturas y sentir la energía de la juventud; me cuenta de que es fundamental que las escuelas lleven el trabajo artístico a ellas, es decir, que se lleve trabajo artístico a los jóvenes, porque es una manera de abrir el interés por el arte y reconocer estos valores que se deben recuperar. Cuando pones en una ciudad un espacio donde puedes esparcirte y recrearte resulta una experiencia enriquecedora, y si existe esta energía revitalizadora de la juventud, se convierte en un espacio ideal.

El hecho de que cada persona interprete la obra de distintas formas, dependiendo del individuo espectador, y el hecho de que despierte su curiosidad, resulta una retroalimentación, porque nosotros hacemos un trabajo con el cual pretendemos transmitir sentimientos e ideas, pero muchas veces al enfrentar este trabajo con el público hay una reacción esclarecedora, entonces uno tiene una experiencia a partir de la cual se motiva para realizar la siguiente obra.

¿Actualmente usted se encuentra realizando alguna otra obra específicamente?

En estos momentos le estoy dando continuidad a mi mismo trabajo. La última serie que presenté en el Museo de Arte Moderno fue un esfuerzo de cuatro años. Lo que pretendo en este momento es encontrar un espacio para presentar todo el trabajo junto, para darle una lectura más ligera.

Algo que para mí ha sido importante en mi trabajo es el poder tener mucha libertad con las técnicas dibujísticas o pictóricas o inclusive escultóri-



Ehecatl I, 2008.



Xipe I, 2008.

cas y eso se debe a un trabajo muy exhaustivo con el dibujo, porque cuando uno dibuja mucho obtiene la maestría que permite improvisar, tratar de que no haya cosas premeditadas, hacer que un trabajo sea libre, que sucedan las cosas; para lo cual es necesario primero, dominar una técnica y después, con el tiempo ir trascendiendo todas estas cosas. De tal manera que cuando llegas a una maduración, el trabajo empieza a fluir por sí mismo. La última etapa de mi trabajo pictórico con los monotipos, tiene que ver con esto: con una libertad total en la cual va sucediendo todo en el momento.

¿Quién o quiénes han sido los maestros de Germán Venegas?

Mi primer maestro fue Javier Arévalo, un artista de Guadalajara; mi maestro de toda la escuela fue Javier Anzúres en quien confié todo el tiempo y que al parecer me dio excelentes resultados. Por otro lado, de manera diferente, también fue el profesor Gilberto Pérez Navarro. Otra cosa que no he mencionado es que tuve maestros antes de la escuela de arte, como maestros talladores de madera con los que aprendí el oficio artesanal. Estuve a punto de dedicarme a la talla de madera en mi juventud, después entré a la escuela porque aunque en los talleres se aprende un oficio, hay limitaciones. En la escuela llevé cinco años de dibujo. A mí me gustaba hacerlo desde los cinco o seis años.

Venegas nos habla de su origen poblano y de su arraigo a la capital mexicana, así como de su infancia y el amor por las artes plásticas: «Nací en Puebla, pero crecí en la periferia del Distrito Federal, en los barrios bravos de la ciudad, ahí estuve trabajando en diversos talleres y tratando de aprender cosas. Cuando comencé a dibujar siendo niño, dibujaba luchadores que en mi infancia acudía a ver en las kermeses que hacían en Ciudad Nezahualcóyotl para promover la venta de terrenos. Después comencé a copiar algunos dibujos de obras famosas de libros de historia, como la

Venus y la Gioconda, todo dentro de mis posibilidades y con una necesidad de aprender. De alguna forma siempre me sentí capaz de realizar buenos dibujos, eso me ayudó a no tener duda nunca de lo que quería ser».

Después de un periodo amplio dedicado a la escultura, Venegas regresó al quehacer pictórico concentrándose en el estudio de las filosofías y religiones de China, Japón, India, así como el mundo grecorromano y precolombino, enriqueciendo su obra con una nueva percepción de la vida y de la muerte, representando en sus pinturas y dibujos recientes deidades e iconos orientales y occidentales.

¿Cómo se vive del arte, cómo se vive de la pintura?

A veces bien y a veces mal, esto lo fortalece a uno. Estas cosas a veces se ven negativas, como el hecho de que no te reconozcan o que no venda y tenga que estar trabajando en alguna otra cuestión para poder terminar el trabajo. Sin embargo, con el tiempo te das cuenta de que estos hechos te fortalecen.

¿Y cómo fue ese encuentro con la filosofía Zen?

Imagina que un día tienes todo en tu vida y de repente tienes necesidad de dar ese paso y saber qué hay más allá. Ese paso es peligroso porque puedes terminar en nada. Yo afortunadamente me encontré con la filosofía Zen, y a partir de eso pude estar seguro de que el paso que iba dar era un paso firme. El Zen me gustó porque he descubierto con el tiempo que la meditación y la práctica de la pintura son una sola cosa; cada vez lo veo más claro, conforme pasa el tiempo pinto más.

¿Qué le falta a Germán Venegas como artista?

Me falta cumplir con mi trabajo, esto quiere decir que en estos momentos tengo 50 años y en el Museo de Arte Moderno se exhibió la mitad de mi carrera, es decir, es una exposición de «media carrera» y si todo va bien... espero cumplir otros 25 años. Podría explotar lo que tengo, pero yo pienso que hay más. La motivación es no saber lo que hay adelante. Podemos hablar de mil proyectos, pero cuando se nos esfuman los proyectos hay una gran desilusión y cuando asimilamos que no tenemos el control de lo que viene, y que nosotros debemos tener la capacidad de adaptarnos a lo que venga, entonces lo podemos lograr, aunque esto... tampoco es una garantía.

La obra de Venegas también se puede apreciar en el «Corredor escultórico» en Zacatenco, ahí podemos encontrar entre los jardines a *Danzante*, pieza monumental que inmóvil, baila, toca la caracola y habita la Unidad Profesional Zacatenco, junto con otras nueve esculturas de importantes artistas plásticos.

Dejamos al maestro Venegas entre los alumnos de la ESIA Tecamachalco, quienes curiosos y sorprendidos, se deleitan con sinuoso dios del viento y la ruda belleza de los descarnados de bronce y tinta ☺



Ehecatl II, 2008.